

Luis Chiozza
Oxana Nikitina

¿POR QUÉ ALLÍ?
¿POR QUÉ AHORA?

Conversaciones sobre
psicosomatología



libros del
Zorzal

Luis Chiozza
Oxana Nikitina

¿POR QUÉ ALLÍ?
¿POR QUÉ AHORA?

Conversaciones sobre
psicosomatología



libros del
Zorzal

LUIS CHIOZZA
OXANA NIKITINA

¿Por qué allí?
¿Por qué ahora?

Conversaciones sobre
psicosomatología



libros del
Zorzal

Chiozza, Luis Antonio

¿Por qué allí? ¿por qué ahora? : conversaciones sobre psicomatología / Luis Antonio Chiozza ; Oxana Nikitina. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros del Zorzal, 2019.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-599-564-2

1. Medicina Psicosomática. I. Nikitina, Oxana. II. Título.

CDD 610.7

Diseño de tapa: Silvana Chiozza

© Libros del Zorzal, 2018

Buenos Aires, Argentina

Printed in Argentina

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de esta obra, escribanos a:

<info@delzorzal.com.ar>.

Asimismo, puede consultar nuestra página web: <www.delzorzal.com>.

Índice

Prólogo	6
Acerca de lo que el libro contiene	9
1. El nacimiento de una psicopatología	19
2. La confluencia del poderío con la perplejidad	28
3. Acerca del misterioso “salto” entre el cuerpo y la mente	36
4. Los primeros descubrimientos del psicoanálisis	47
5. Acerca de la teoría psicoanalítica freudiana	65
6. La “materia prima” sobre la que se edifica la teoría	73
7. La importancia de los afectos en la teoría psicoanalítica	82
8. El conflicto entre Eros y Tánatos	91
9. El nacimiento de una incipiente metahistoria	101
10. El rechazo del dualismo cartesiano	111
11. La interpretación psicoanalítica de la enfermedad somática	120
12. El significado inconsciente del cáncer	129
13. La relación de significación	141
14. La historia que se oculta en el cuerpo	153
15. Acerca de la relación entre el significado y la vida	162
16. Mi consciencia y yo	171
17. El tratamiento psicoanalítico	182
18. El estudio patobiográfico	194
19. De dónde venimos y hacia dónde vamos	202
Bibliografía	210

Enrique Racker escribe que un viejo sabio chino que había perdido sus perlas mandó sus ojos a buscarlas y sus ojos no las encontraron. Mandó entonces sus manos, sus oídos, y todos sus sentidos, pero ninguno de ellos pudo. Por fin mandó su no buscar... y su no buscar encontró sus perlas.

*Dedicamos este libro a los seres humanos que, de algún modo,
se encuentran...*

Prólogo

Hace varios años, me encontré en una encrucijada al tener que decidir dónde formarme como psicoanalista. Despegué en Moscú y aterricé en Buenos Aires. Una de las primeras cosas que hice al llegar fue comprar las obras completas de Freud en castellano y varios libros de un autor argentino que encontré en los estantes de la misma librería. En aquel entonces, tanto la temática que abordaba como la cantidad de libros que había escrito llamaron mi atención. Era Luis Chiozza.

Trece años después, tuve la suerte de conocerlo y pude comprobar una vez más que, según creemos los rusos, la primera impresión acerca de algo, o de alguien, es la más “exacta”. Podría resumir lo que me ha impactado de su personalidad, desde nuestros primeros encuentros, en una frase: el pensamiento de Chiozza es lo que él es. Auténtico, profundo, conmovedor.

A partir de su generosa propuesta de trabajar juntos, el contacto personal me permitió comprender mejor sus ideas y profundizar en el estudio del psicoanálisis. Y, además, se abrió para mí la oportunidad, muy valiosa, de difundir su concepción del psicoanálisis en mi país de origen.

Conversando sobre el “proyecto ruso”, se hizo evidente la necesidad de elaborar una especie de síntesis de su pensamiento psicoanalítico. Así nació la idea de *Sí, pero no de esa manera*, que publicó en agosto de este mismo año y que se acerca a lo que podría considerarse un “libro de texto”.

Mientras Luis lo escribía, y leíamos juntos cada capítulo nuevo, surgió la idea de presentar sus contenidos en forma de diálogo y, quizás, de un modo más “amigable”, en otro libro, escrito con mayor soltura, que podría dar lugar a un acercamiento distinto con el lector.

Luego de grabar nuestras “conversaciones sobre psicopatología”, las escuchamos y las corregimos para suprimir repeticiones inútiles, aclarar mejor algunos conceptos y organizarlas en los capítulos que forman el libro que hoy publicamos.

Siempre me generó mucha intriga, desde el principio de mi formación en psicoanálisis, que Chiozza fuera un autor frente al cual, dentro de la comunidad psicoanalítica, nadie permanecía indiferente. Junto a colegas que leían, valoraban y difundían su pensamiento, otros desestimaban completamente su obra, pero de un modo muy particular. Mientras algunos manifestaban su desacuerdo sin explicar jamás sus fundamentos (se solía escuchar, a lo sumo, “no estoy de acuerdo con la fantasía específica”), otros repetían sus ideas, muchas veces de manera incompleta, evitando cuidadosamente nombrarlo. Por fin, descubrí, con sorpresa, que Luis Chiozza integraba la galería de los autores que una gran cantidad de personas critica sin haberlos leído.

Entre los que entienden y valoran sus aportes, uno de ellos, Marco Aurelio Andrade, mi analista didáctico, fue quien me estimuló para que, finalmente, volviendo sobre mi intuición primera, decidiera acercarme a la obra del autor que hace trece años despertó mi interés.

Sólo en la obra de Chiozza pude encontrar una concepción que permite comprender lo indivisible de la unidad psicosomática del ser humano y que, además, aporta importantes recursos para el abordaje clínico de lo que llamamos “enfermedades del cuerpo”. Pude comprender, también, de dónde deriva la originalidad de su enfoque. La concepción chiozziana del psicoanálisis, que coincide con lo que denominó psicosomatología, surgió de los postulados freudianos que culminan en sus afirmaciones de 1938, cuando formula la segunda hipótesis.

El interés que despierta la psicosomatología que Chiozza plantea ha ido creciendo de manera continua y sostenida a través de los años, hasta el punto de constituir una escuela, y se ha difundido, además, en muchos países, en algunos de los cuales se han abierto centros que prosiguen con esos desarrollos.

El hecho de que, entre todos sus libros, este sea el primero que se editará en Rusia, y el primero que traduciré a mi idioma materno, me conmueve especialmente.

Oxana Nikitina
Octubre de 2018

Acerca de lo que el libro contiene

La idea central en la que se originan los pensamientos que aquí exponemos gira en torno de un modo de concebir la relación entre psiquis y soma, que surge con claridad de algunas afirmaciones de Freud, cuando, en 1938, poco después de su arribo a Londres, rechaza enfáticamente el dualismo cartesiano, que equipara lo psíquico con la consciencia y lo somático con lo inconsciente. A pesar de que esas afirmaciones fueron expresadas, de manera rotunda y categórica, por el creador del psicoanálisis, suelen permanecer ignoradas por la enorme mayoría de los colegas que integran la comunidad psicoanalítica.

En “Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis” (publicadas, junto con el “Esquema del psicoanálisis”, en 1940 después de su muerte), ocupándose de la naturaleza de lo psíquico, escribe algunos párrafos muy importantes, que citaremos textualmente. Quedarán incluidos, muy poco después, en “Esquema del psicoanálisis”, un ensayo acerca del cual Strachey (traducido por Etcheverry) dirá que “no es una obra para novatos, sino más bien un ‘curso de repaso’ para estudiantes avanzados”.

En un pequeño prólogo (al “Esquema del psicoanálisis”), Freud aclara que lo anima el propósito de “reunir los principios del psicoanálisis y exponerlos, por así decir, dogmáticamente —de la manera más concisa y en los términos más inequívocos”. Strachey agrega (siempre en versión de Etcheverry) que “tal vez en ningún otro sitio alcanza su estilo un nivel más alto de compendiosidad y claridad. Por su tono expositivo, la obra nos transmite una sensación de libertad, que es quizá lo que cabía esperar de un maestro como él al presentar por última vez las ideas de las que fue creador”.

Escribe, entonces (en “Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis”):

La equiparación de lo anímico con lo consciente producía la insatisfactoria consecuencia de desgarrar los procesos psíquicos del nexo del acontecer universal, y así contraponerlos, como algo ajeno, a todo lo otro. Pero esto no era aceptable, pues no se podía ignorar por largo tiempo que los fenómenos psíquicos dependen en alto grado de influjos corporales y a su vez ejercen los más intensos efectos sobre procesos somáticos. Si el pensar humano ha entrado alguna vez en un callejón sin salida es este. Para hallar una salida, los filósofos debieron por lo menos adoptar el supuesto de que existían procesos orgánicos paralelos a los psíquicos conscientes, ordenados con

respecto a ellos de una manera difícil de explicar, que, según se suponía, mediaban la acción recíproca entre “cuerpo y alma” y reinsertaban lo psíquico dentro de la ensambladura de la vida. Pero esta solución seguía siendo insatisfactoria.

El psicoanálisis se sustrajo de estas dificultades contradiciendo con energía la igualación de lo psíquico con lo consciente. No; la condición de consciente no puede ser la esencia de lo psíquico, sólo es una cualidad suya, y por añadidura una cualidad inconstante, más a menudo ausente que presente.

Más adelante, añade:

Todavía tenemos que defendernos de una objeción. Ella nos dice que, a pesar de los hechos mencionados, no es necesario resignar la identidad de lo consciente con lo psíquico. Y que los llamados procesos psíquicos inconscientes serían, justamente, los procesos orgánicos paralelos de lo anímico, hace mucho admitidos. Es verdad que esto reduciría nuestro problema a una cuestión de definición en apariencia indiferente. He aquí nuestra respuesta: sería injustificado, y muy inadecuado, destruir la unidad de la vida anímica en aras de una definición, cuando nosotros vemos, al contrario, que la consciencia sólo puede brindarnos unas series incompletas y lagunosas de fenómenos. Y, por otra parte, difícilmente se deba al azar que sólo tras el cambio en la definición de lo psíquico se volviera posible crear una teoría abarcadora y coherente de la vida anímica.

Poco después (en “Esquema del psicoanálisis”), expondrá lo que considera el segundo supuesto fundamental del psicoanálisis, declarando que es necesario poner el acento sobre esos presuntos concomitantes somáticos, reconocer en ellos lo psíquico genuino y buscar una apreciación diversa para los procesos conscientes.

La manera explícita, exenta de vacilaciones ambivalentes, con la que Freud, terminando la trayectoria de su vida, renunció en forma definitiva al dualismo cartesiano nos permite afirmar que ese, su modo de entender el psicoanálisis, presente en los *Estudios sobre histeria* (que publicó con Breuer), al que se adhirió, por fin, sin titubeos, constituye uno de los fundamentos principales de la psicopatología en la que apoyamos numerosas investigaciones y una parte esencial de los pensamientos que en este libro exponemos. Cabe agregar que se trata, además, de una psicopatología que, trascendiendo el campo de la medicina, e iluminando el territorio de la biología, fecunda el pensamiento filosófico de los seres humanos.

Nuestras “Conversaciones sobre psicopatología” llevan como título principal dos preguntas que configuran una clave en la obra de Victor von

Weizsaecker, ¿Por qué allí? ¿Por qué ahora? Apuntamos con ellas a lo que suele llamarse “la localización y el momento de la enfermedad”, y lo hacemos porque ambas constituyen, sin duda, una incógnita que la medicina no siempre resuelve y que se agiganta, hasta ocupar un primer plano, cuando se la traslada al terreno de una supuesta “recíproca influencia” entre lo que denominamos psiquis y lo que denominamos soma.

Reproducir una parte de los desarrollos que realizamos en tres trabajos anteriores (“El trecho del dicho al hecho”, “Acerca de la localización y el momento de la enfermedad somática” y “Hacia una teoría del arte psicoanalítico”) sobre lo que ocurre en un particular episodio de la relación Dora-Freud (narrado en “Fragmento de análisis de un caso de histeria”) nos ayudará a comunicar un aspecto esencial de la incógnita que las preguntas del título encierran. También nos ayudará a transmitir el interjuego emocional que surge, entre paciente y analista, cuando lo reprimido aflora, como un producto de la interpretación, en la consciencia.

Quince meses después de haber interrumpido su tratamiento con Freud, Dora sufre un dolor en la cara que, a juzgar por lo que él nos trasmite, aparentemente denomina “neuralgia facial”. Consignemos aquí, por de pronto, que lo que llamamos desde nuestra percepción “enfermedad somática” es también, al mismo tiempo, un modo interpretativo caracterizado por el hecho de que una relación de significación original, reprimida, en lugar de ser substituida por una relación de significación diferente, como ocurre en la neurosis clásica, es substituida, en cambio, por una relación de causa-efecto, supuestamente “asimbólica”, en la cual, en última instancia, hacemos participar el azar.

Dora no lo piensa “totalmente” de ese modo, porque dos semanas después de aparecido el dolor, en una fecha que Freud no considerará indiferente, acudió a consultarlo “a causa de una neuralgia facial, del lado derecho, que la atormentaba día y noche”. Freud pregunta entonces: “¿Desde cuándo?”, y Dora responde: “Exactamente desde hace dos semanas”. Freud consigna que, en este punto, “no puede reprimir una sonrisa”, porque estaba en condiciones de demostrarle que precisamente hacía dos semanas ella había leído noticias sobre él en los periódicos, lo cual es confirmado por Dora.

Veamos, en primer lugar, cómo Dora produce la neuralgia. Ella reprimía sus deseos eróticos frente al señor K (amigo de su padre, amante de la esposa de K) porque la consciencia de esos deseos le hubiera despertado un afecto displacentero, debido a las dificultades de su vida que configuraron su histeria. Esos deseos reprimidos permanecieron insatisfechos y Dora experimentó entonces intensos sentimientos de venganza hacia el señor K, a quien ella atribuía inconscientemente tanto el origen del deseo como el origen de su sufrimiento por la insatisfacción. Tales “impulsos de celosa venganza”, que también fueron reprimidos, entre otras razones porque la consciencia de ellos hubiera amenazado con hacer consciente también los deseos insatisfechos, anteriormente reprimidos, fueron los que la condujeron a propinarle una bofetada al señor K. El acontecimiento de la bofetada, y los mismos sentimientos de venganza, debido a los deseos amorosos que Dora experimentaba hacia el señor K, reactivaron en ella sentimientos de culpa y deseos de autocastigo que también fueron reprimidos, no sólo por su carácter penoso, sino también para mantener inconsciente los otros elementos del mismo “complejo” asociativo.

Durante el tratamiento psicoanalítico, esos sentimientos de venganza, en lugar de ser recordados, fueron “repetidos” de manera inconsciente. Inconscientemente adheridos a la figura de K, fueron transferidos sobre la representación preconscious que Dora tenía de Freud, porque en el momento en que amenazaban hacerse conscientes mediante el tratamiento, Freud era la única persona que “estaba allí”. Es decir, la única persona cuya representación en el preconscious de Dora poseía los signos de cualidad sensorial que diferencian la percepción del recuerdo.

Dicha transferencia fue simultáneamente reprimida por las mismas razones que determinaron la represión anterior, y permaneció desde entonces inconsciente, ya que Freud comprendió sus vicisitudes cuando Dora ya había abandonado el tratamiento.

Todas estas fantasías pasaron a formar parte del complejo asociativo original inconsciente, y al “remordimiento” por la bofetada propinada a K se añadió entonces el remordimiento por la misma transferencia sobre Freud de los sentimientos de venganza.

Quince meses después de interrumpido el tratamiento, Dora leyó en un periódico noticias acerca del nombramiento de Freud como profesor, hecho que debió ser interpretado por ella como auspicioso y placentero para él. Se reactivaron entonces en Dora los sentimientos de venganza y con ellos todo el complejo consiguiente.

Mientras la idea original que constituye este complejo permanece como actualidad en el inconsciente de Dora, el *quantum* del impulso, en lugar de descargarse en la forma o configuración del afecto original celos-venganza-culpa, se deriva o descarga a través de un fenómeno distinto: el dolor en la cara. Es decir que dicho afecto original “desaparece” de la conciencia y sólo permanece, “descargado de cantidad”, como “estructura afectiva disposicional inconsciente”.

El deseo de venganza y de castigo se realiza así de manera simbólica en la descarga sustituta que posee los componentes de acción motora que corresponden al afecto. El dolor que Freud consideraba, en sentido amplio, un afecto, es el producto de otra idea inconsciente o “clave de inervación”, que constituye la “puerta de entrada” del suceso que se registra como somático.

Pero en esta distinta estructura disposicional afectiva inconsciente, que corresponde al dolor, participa ahora, y en este caso particular, la huella de *un suceso que se realizó como acto materialmente ejecutado, a plena cantidad*, sobre el señor K y *sensorialmente percibido* por Dora: la bofetada que explica la localización del dolor. Y participa también la huella de *otro suceso que se representó en el terreno del pensamiento, a “pequeña” cantidad*, sobre la imago de Freud, y fue “sabido” o conocido por Dora: la noticia leída que explica el momento de aparición del dolor.

Uno y otro fenómeno quedan vinculados a través de un tercero: la transferencia, que participa así en la producción del síntoma. (Vale la pena anotar aquí, de paso, que la transferencia se manifiesta también en los síntomas y no sólo a través del discurso verbal del paciente.)

Es necesario preguntarnos ahora: ¿debemos atribuir a una coincidencia casual el hecho de que el factor que fue experimentado en el “universo del espacio físico” permita comprender la localización en el cuerpo y el factor que fue

experimentado en el “universo del tiempo histórico” nos permita comprender el momento de la vida en que el dolor aparece?

Veamos, ahora, cómo Freud produce la sonrisa. En el preconscious de Freud, determinadas representaciones reciben la transferencia (contratransferencia) de ideas inconscientes distintas que continúan reprimidas y que son reactivadas mediante su contacto con Dora y la transferencia que ella realiza.

Las ideas que permanecen inconscientes en Freud, y que fueron reactivadas por el contacto con Dora, son el “receptor” con el cual se capta lo inconsciente del paciente o el arpa que resuena de manera acorde con él. Esas ideas inconscientes determinan oscuramente la pregunta “¿desde cuándo?”, que pertenece al mismo complejo asociativo del cual deriva también la emergencia del recuerdo sobre las noticias que el periódico publicara y la “ocurrencia” de que Dora debía haberlas leído.

No es aventurado suponer que cuando Freud, ante la respuesta de Dora, no puede reprimir una sonrisa, sucede que esta sonrisa se halla sostenida desde lo inconsciente por la reactivación de la satisfacción que el niño experimenta frente al pecho gratificante durante la relajación que sobreviene después de la mamada. Y que esa satisfacción es reactivada por otra actual en la que participa la típica vivencia de descubrimiento que se agrega a la ocurrencia y la poderosa convicción que la acompaña, y que se extiende luego a la interpretación.

Tampoco es aventurado suponer que Freud intenta reprimir esa sonrisa por los sentimientos de culpa que experimenta frente a una satisfacción que, debido a la necesidad inconsciente de compensar los anteriores sentimientos de fracaso, queda convertida en triunfo y equiparada de este modo con su propia venganza ante el abandono de Dora.

Digamos, por fin, que las distintas variaciones de una misma “clave de inervación”, en el territorio preciso de un nervio, dan testimonio de la riqueza expresiva de la vida. La bofetada sobre la cara de K conduce a la neuralgia sobre la cara de Dora, que conduce a la sonrisa sobre la cara de Freud. En un crescendo significativo (propio de un proceso “terciario”) que se independiza bruscamente de toda secuencia temporal, cuando el círculo se cierra, comprendemos, de pronto, que esa sonrisa de Freud satisfecho no sólo representa sino que *es* aquella misma, eterna y revivida en cada hombre, que